

El cine chileno durante los años de la dictadura

Cuando en septiembre de 1973 se produce en Chile el golpe de Estado que derriba el régimen de Salvador Allende, el cataclismo demuele no sólo las estructuras políticas: afecta también, de modo profundo, la vida cultural. Nada en este terreno se sustrae a sus efectos devastadores. El impacto mayor lo recibe la educación, en particular las universidades, que son intervenidas directamente, lo que acarrea de inmediato, aparte las consecuencias propiamente académicas, la destrucción o mutilación de la extensa labor que éstas desarrollaban en diversos campos de la creación artística. Una pesada lápida cae sobre el quehacer cultural y una legión de creadores abandona compulsiva o voluntariamente el país. El trabajo cinematográfico no sólo no escapa a este fenómeno sino, peor aún, es posiblemente —por razones que explicaremos más adelante— una de las áreas que resultan más seriamente dañadas.

1

El cine chileno no era en ese instante una actividad sin historia, algo que hubiera nacido de la víspera del pronunciamiento militar o poco antes. Si nos atenemos a la fecha en que se filmó la primera película hecha en el país, habían transcurrido entonces un poco más de setenta años.

Setenta años de desarrollo desigual, con altos y bajos, seguramente más de estos últimos que de los primeros, pero que no pueden con todo dejar de evocarse si se quiere establecer mejor la significación de una actividad que vive un vaivén constante entre el apogeo de la Unidad Popular para mostrar, al cabo de un tiempo, los signos de una probable resurrección.

El desarrollo de la historia de estas décadas se ve mejor si lo fijamos en cuatro periodos bastante precisos. El primero corresponde a la época del cine mudo, y transcurre entre 1902, año en que se proyecta en la sala Odeón de Valparaíso el cortome-

Valeria Sarmiento:
Un fotograma de
Mi boda contigo



traje documental *Un ejercicio general de bomberos*, y 1929, cuando Jorge Délano (Coke), conocido hasta entonces como caricaturista político, realiza *La calle del ensueño*, el primer film sonoro del cine chileno y también, según algunos, del cine sudamericano. En esta etapa se vive un extraño auge en la producción cinematográfica. Según una investigadora destacada del tema¹, hubo años —1925, por ejemplo— en que se filmaron 15 largometrajes, que es la cifra más alta que se haya alcanzado en cualquier período de la historia del cine chileno. Otro dato decidor: entre 1910 y 1931 se realizan en el país 78 films. ¿Qué queda de todo eso? Apenas unos pocos metros de celuloide, fragmentos de muchos títulos dispersos, una abundante información que no es posible confirmar, y una película que terminó por convertirse en emblemática: *El húsar de la muerte*, producida, dirigida e interpretada en 1925 por el actor teatral Pedro Sienna en torno a la mítica figura del guerrillero de la Independencia Manuel Rodríguez.

El segundo período es el del nacimiento y expansión del cine sonoro. Comienza en la fecha ya indicada y se prolonga durante treinta años, tres largas décadas que no dejan, sin embargo, huellas significativas. Domina un cine proclive al efecto fácil, en que se alternan la comedia sensiblera, el infaltable estereotipo rural y la historia humorística de corte más o menos populista. El hecho culminante lo marca la fundación, en 1942, de los estudios Chile Films, tentativa del gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda, abanderado del Frente Popular, por lograr que el cine se ponga en el mismo pie de progreso que viven la literatura y otras bellas artes. Pero la iniciativa fracasa. Faltaban cuadros técnicos preparados, pero sobre todo no había claridad en cuanto al propósito cultural: qué cine era el que Chile necesitaba y podía producir y dónde y cómo hallar los medios creativos necesarios para implementarlo.

¹ Alicia Vega, Revisión del cine chileno, Edit. Aconcagua-CENECA, Santiago, 1979.

La tercera etapa se abre —cerrando la anterior— en 1959 con la fundación del Centro de Cine Experimental de la Universidad de Chile. Nace con él un nuevo cine documental, obra ante todo de su director Sergio Bravo, y es además el propio centro el que ayuda al lanzamiento de algunos de los cineastas que luego le darán su perfil y carácter al período. Se produce un acontecimiento capital: la realización en 1967, en la ciudad de Viña del Mar, del Primer Festival de Cine Latinoamericano, que congrega a nombres sobresalientes de diversos países (Glauber Rocha, Julio García Espinosa, Jorge Sanjinés, Fernando Solanas, entre otros) y reúne a la docena de chilenos que cuentan de verdad en la creación cinematográfica nacional. Dos años después se hace un segundo festival y en él se exhiben *Valparaíso, mi amor* de Aldo Francia, *Tres tristes tigres* de Raúl Ruiz y *El chacal de Nahueltoro* de Miguel Littin, que con *Caliche sangriento* de Helvio Soto presentada poco después, dan nacimiento a lo que termina por llamarse Nuevo Cine Chileno.

El período se cierra con los tres años de la Unidad Popular, tiempo muy breve pero apretado e intenso, cuya principal particularidad, más que la de la producción propiamente tal de films es la de haber incubado a un contingente muy amplio de cineastas y técnicos que en su mayor parte se expresarán en el trabajo desarrollado en los años que vienen. El golpe militar irrumpe brutalmente en la vida chilena en 1973 y ya nada, como se sabe, vuelve a ser igual. Para los efectos de nuestro tema, nace el período que bien podemos llamar «cine chileno de los años de la dictadura».

2

El advenimiento de la dictadura militar está asociado en el dominio cultural a hechos sobradamente conocidos: las prisiones y los destierros, las prohibiciones, el sometimiento del arte y diversas disciplinas humanísticas a la proscripción, el vacío o la sospecha. Las cámaras fotográficas recogen esos días una escena que da la vuelta al mundo: grupos de soldados quemando libros. Ocurre un hecho horrendo y hasta incoherente que marca más los propósitos de intimidación que los probables planes de destrucción y control del quehacer cultural: el asesinato del cantautor Víctor Jara.

Contra el cine se produce un atentado concreto inmediato: al asalto el mismo día del golpe a los estudios de Chile Films —que habían renacido como gran centro de producción y animación del cine chileno en los años del gobierno democristiano de Eduardo Frei, papel que continuó jugando durante la Unidad Popular²— donde la tropa destroza laboratorios y muchas otras instalaciones, y se aplica concienzudamente durante tres días a la tarea de quemar miles de metros de película, todo lo que supuestamente pudiera oler a progresismo o izquierdismo, aunque a la pira fueron a la larga a parar los negativos de la mayoría de las películas de ficción producidas en Chile, más todos los documentales y noticiarios filmados desde el año 45 en adelante³.

² V. mi libro *Plano secuencia de la memoria de Chile. 25 años de cine chileno (1960-1985)*. (Edic. del Litoral, Madrid-Santiago, 1988), en particular los capítulos «Los años de la Unidad Popular» y «Patricio Guzmán: en el cine de Allende».

³ Hay un testimonio por menorizado de este asombroso incidente, de Marcos Llona, técnico de Chile Films que estuvo presente durante el asalto. Aparece en el libro *El estadio*, de Sergio Villegas (Edito. Carthago, Buenos Aires, 1974).